



INTERNACIONAL

EL NUEVO GOBIERNO DE MACRI

Martín Rodríguez Yebra, corresponsal en España del diario *La Nación*



<http://www.facebook.com/mauriciomacri>

Mauricio Macri en un acto de su reciente campaña electoral.

Mauricio Macri consiguió el 22 de noviembre un vuelco político monumental en Argentina, impensado apenas dos meses antes. Pero al nuevo presidente no le sobra tiempo para celebrar. Hereda una economía estancada, abrumada por las urgencias, y le toca desplegar el ambicioso programa de transformaciones que prometió en la campaña sin contar con mayoría en ninguna de las dos cámaras legislativas.

Durante 2015 Argentina simuló ser un país en pausa, a la espera de grandes decisiones que se tomarían una vez resuelto el sucesor de Cristina Kirchner. Ahora que se despejó la incógnita política, la realidad corre a ritmo de vértigo: la gestión de Macri empieza con el Banco Central seco de reservas internacionales, con el déficit de las cuentas públicas más alto en 30 años, una fuerte presión devaluatoria, la inflación por encima del 25%, con limitadísimo acceso al crédito y un contexto internacional desfavorable para los productos argentinos.

Macri decidió atacar la peligrosa combinación de fragilidad financiera y endeblez política con una apuesta de contraste drástico con la era que termina. Se propone cambiar desde la base el paradigma cultural e ideológico que dominó el país en los últimos doce años y medio: un combo de centralismo autoritario, economía cerrada, retórica antioccidental y fomento de la crispación social.

Gobernar será sinónimo de negociar, palabra borrada del diccionario kirchnerista. Ya sea por convicción o porque no tiene alternativa, las primeras señales del nuevo presidente se encaminaron hacia esa dirección. Proclamó su intención de retomar relaciones estrechas con Estados Unidos y la Unión Europea, condenó las violaciones a los derechos humanos en Venezuela, designó a opositores en cargos relevantes (incluido a un ministro que continuará en el cargo), convocó al diálogo a gobernadores provinciales del peronismo derrotado en las urnas y retomó tradiciones democráticas que se habían enterrado en Argentina, desde las reuniones periódicas del gabinete de ministros hasta la convocatoria de ruedas de prensa.

“Macri se propone cambiar desde la base el paradigma cultural e ideológico de los últimos años. Gobernar será sinónimo de negociar, palabra borrada del diccionario kirchnerista”



El perfil del Gobierno que empieza retrata la magnitud del cambio buscado. Macri sentó en sillones clave –Hacienda, Relaciones Exteriores, Transporte, Producción, entre otros– a exgerentes de grandes compañías, con poca o ninguna experiencia partidista. Apuesta a la cultura del *management* y la eficiencia, en detrimento de la pasión militante que teñía al elenco ministerial de Cristina Kirchner.

El experimento es novedoso en Argentina. Por primera vez en setenta años llega al poder una fuerza política de centroderecha, con perfil técnico y comandada por un dirigente que saltó a la política en una etapa tardía de su vida.

Pero no hay que engañarse con el derrotero del ingeniero Macri –56 años, hijo de uno de los empresarios más emblemáticos de Argentina, expresidente del club de fútbol Boca Juniors–. En los últimos doce años de errores y aciertos aprendió a moverse en un terreno que le era hostil: su gran meta la alcanzó a fuerza de hacer política.

Pragmático, por momentos desinteresado en el aspecto ideológico, consiguió ampliar la base del partido liberal que fundó en 2005 y que le sirvió de instrumento para convertirse en alcalde de Buenos Aires dos años después. En marzo pasado firmó una alianza estratégica –bautizada Cambiemos– con la Unión Cívica Radical (UCR), fuerza histórica de corte socialdemócrata, con una estructura sólida pero que carecía de figuras relevantes para disputar el poder. Sumó también a la Coalición Cívica, un movimiento minoritario cuya bandera es la lucha contra la corrupción.

En paralelo, construyó un vínculo estable con caciques del sindicalismo, como el todopoderoso Hugo Moyano (del gremio de los camioneros). Trata de tenerlos bajo

control para evitar un desborde de protestas como el que precipitó el final de anteriores Gobiernos no peronistas, como los de Raúl Alfonsín y Fernando de la Rúa.

La paz social resalta como un objetivo primordial en el inicio de la nueva gestión. Los rivales de Macri lo señalan como un gestor desalmado que llega al poder con un ajuste bajo el brazo y que prevé dismantelar las redes de contención social –subsidios a la pobreza y a la energía, negociaciones paritarias para mantener el valor de los salarios frente a la inflación– que tejó el kirchnerismo.

El resultado electoral refleja que esa desconfianza permanece. Macri triunfó en el *ballottage* con 2,48% de diferencia sobre el candidato del Gobierno, Daniel Scioli. Una mayoría de “votos prestados” lo llevó a la Presidencia. En las elecciones primarias abiertas y obligatorias de agosto la candidatura de Macri no llegó al 25% de los votos. Ya en la primera vuelta electoral trepó al 34,15%, apenas por detrás de Scioli. En noviembre logró el *sorpasso* al aglutinar el apoyo de quienes rechazaban la continuidad kirchnerista.

Gradualismo es otra de las palabras clave del nuevo Gobierno. Macri juró no tocar la Asignación Universal por Hijo (AUH), un cheque mensual que beneficia a dos millones de familias en condiciones vulnerables. Tampoco quitará los subsidios al transporte público que posibilitan que los grandes centros urbanos argentinos tengan tarifas entre las más bajas del mundo. Ni siquiera cuestionará los contratos multimillonarios con los que un Estado con las cuentas en rojo se hace cargo de financiar las transmisiones gratuitas de fútbol por televisión.

Economía en equipo

Aspira antes que nada a modificar los procedimientos para lograr resultados diferentes. La señal más trascendente que surge de su equipo de gobierno es la voluntad de diluir la responsabilidad en el manejo de la economía. Resulta un

“Las soluciones que imagina Macri se resumen en dos ideas: recuperar la confianza interna de los actores económicos y recomponer la imagen externa del país para atraer inversiones”



contraste pronunciado respecto al Gobierno de la señora Kirchner, que en los últimos dos años concentró el mando en el superministro Axel Kicillof, de ideología rígida y métodos contraculturales.

Macri creó un gabinete económico horizontal, con seis ministros que reportarán a su mano derecha, el politólogo Marcos Peña, que a su vez contará con la asistencia de dos secretarios que provienen del mundo de la empresa.

La figura que se eleva sobre el resto es la del encargado de Hacienda y Finanzas, Alfonso Prat-Gay. Se trata de un experto en finanzas internacionales, ejecutivo de JP Morgan en Londres, y que se reivindica como keynesiano. A él le tocará lidiar con los desequilibrios fiscales, la falta de crédito y el acuciante problema del mercado de cambios, como tantas otras veces el termómetro de la economía real en Argentina.

Prat-Gay propuso levantar desde el primer día las restricciones de acceso a las divisas impuesto en 2011 y acabar con la duplicidad de mercado: uno oficial, pero inaccesible, y otro clandestino, que en la práctica se toma como referencia para los precios de la economía. La brecha entre uno y otro superaba el 60% en los días finales del Gobierno kirchnerista.

El gran fantasma consiste en que liberar la cotización desencadene otra devaluación fulminante del peso. Si ocurriera, el Banco Central contaría con escasas armas para defender el valor de la moneda: las reservas internacionales se sitúan en 25.714 millones de dólares, 20% menos que a principios de 2015 (el nivel más bajo desde 2006). De esa cantidad, una porción ínfima es de libre dis-

ponibilidad¹. Conseguir financiación externa para recomponer esa caja –se habla de unos 15.000 millones de dólares– figura entre las metas urgentes de Prat-Gay.

Sin esperar el traspaso del Gobierno, la expectativa de una depreciación severa de la moneda aceleró la ya preocupante remarcación de precios desde finales de noviembre.

El gabinete económico contará con Juan José Aranguren, ex-CEO de Shell Argentina, en Energía; con el productor rural Ricardo Buryaile, en Agricultura; el sindicalista Jorge Triaca, en Trabajo; el empresario de automotor Guillermo Dietrich, en Transporte; y Francisco Cabrera, otro exgerente de grandes compañías, en Producción.

A ese equipo se sumará el economista liberal Federico Sturzenegger, a quien Macri piensa designar al frente del Banco Central después de forzar la renuncia del kirchnerista Alejandro Vanoli, a quien acusa de haber impulsado maniobras fraudulentas con operaciones internacionales de venta de divisas.

El déficit público no da respiro a la nueva Administración. Según estimaciones privadas, sobre la base de datos oficiales, el rojo de 2015 superará el 7,5% del PIB, en una curva ascendente que se hizo más pronunciada en los meses finales del Gobierno kirchnerista².

La fundación CIPPEC revela que el déficit del Estado superará los 388.000 millones de pesos (alrededor de 37.000 millones de euros al cambio oficial), un 50% más que la cifra establecida en la Ley de Presupuesto Nacional de 2015³. El dato

¹ Resumen estadístico del Banco Central de la República Argentina (BCRA): <http://www.bcra.gov.ar/Estadisticas/estind020303.asp>

² Ver informe de la Consultora Ledesma. En: <http://bit.ly/1XCFuG6>

³ Informe completo en: <http://bit.ly/1HIMVob>

“Una de sus primeras promesas como presidente electo fue anunciar que reclamará al Mercosur la aplicación de la cláusula democrática para expulsar a Venezuela del bloque”



deja al descubierto otra perversión de la economía argentina de la última década: ausencia de estadísticas estatales fiables y falta de ataduras institucionales para la gestión de las finanzas públicas.

Cristina Kirchner le dejó a su heredero un regalo endemoniado apenas nueve días antes de entregar el poder, al firmar un decreto de ampliación del gasto público sin precedente (133.000 millones de pesos, por distribuir en casi todas las áreas de la Administración). Además, intentó complicarle aún más el panorama con una directiva para ampliar el envío de fondos a las provincias.

Macri y Prat-Gay saldrán al mercado en busca de financiación. No desconocen que el ambiente es hostil para un país que todavía no ha resuelto los problemas derivados del gigantesco *default* de la deuda pública declarado en 2001.

El mayor obstáculo es el litigio que Argentina perdió en Nueva York contra un grupo de fondos especulativos que compraron bonos en mora y reclaman el pago al valor nominal. Kirchner y Kicillof se negaron a negociar una salida, incumplieron las órdenes del tribunal –al que el Gobierno había otorgado soberanía para resolver conflictos– y dejaron el hierro caliente en manos del presidente que llega. “Nos sentaremos a discutir en el juzgado”, anticipó Prat-Gay. La discusión es por al menos 8.000 millones de dólares de títulos que no entraron en los canjes ofrecidos por Argentina desde 2005 en adelante.



“Estados Unidos figura al tope de las prioridades del nuevo presidente. Macri ya dijo que quiere volver a tener ‘relaciones maduras’ después de años de tensión y hostilidad”

Inversiones y confianza

Las soluciones que imagina Macri apuntan al medio plazo. Se resumen en dos ideas: recuperar la confianza interna de los actores económicos y recomponer la imagen externa del país para atraer inversiones.

En ese juego cobrará un papel decisivo la diplomacia, quizás el área donde de manera más profunda vaya a notarse el cambio de época. La misión principal recayó en Susana Malcorra, una figura casi desconocida en su país pero que carga con una sorprendente trayectoria internacional.

Malcorra es ingeniera eléctrica, alcanzó puestos gerenciales en IBM y llegó a CEO de Telecom Argentina. En 2002 renunció y se presentó a un concurso para conducir el Programa Mundial de Alimentos, dependiente de Naciones Unidas. Lo ganó. Durante una década lideró misiones internacionales en África, Asia y América Latina, hasta que el secretario general de la ONU, Ban ki-Moon, le ofreció ser su jefa de Gabinete.

Macri la fue a buscar a Nueva York para tentarla con volver a Buenos Aires. Intenta dar una señal al mundo de que los tiempos de la retórica antioccidental y la falta de garantías jurídicas han concluido. “La política exterior debe servir para que más gente tenga oportunidad de trabajar”, dijo Malcorra, en sus primeras declaraciones como inminente ministra de Relaciones Exteriores⁴.

⁴ Entrevista completa con el canal de noticias TN en: <http://bit.ly/1IGDLTR>

Para que se note bien claro el viraje, Macri eligió hablar claro y fuerte sobre el chavismo. Una de sus primeras promesas como presidente electo fue anunciar que reclamará al Mercosur la aplicación de la cláusula democrática para expulsar a Venezuela del bloque a raíz de la detención de opositores y otras violaciones de los derechos humanos cometidas por el Gobierno de Nicolás Maduro.

Quiere mostrarse como el impulsor de un nuevo equilibrio regional. Cristina Kirchner era aliada dilecta de Maduro. Sin Argentina, el eje chavista pierde fuelle y se ve amenazado también por la creciente frialdad que le dedica Brasil a partir de la crisis que tiene en la cuerda floja a la presidenta Dilma Rousseff.

Macri mira con simpatía la Alianza del Pacífico. Siente una afinidad ideológica y de gestión por los Gobiernos de Colombia, Chile, Perú y México. Y promueve que el Mercosur complete de una vez las negociaciones de libre comercio con la Unión Europea, estancadas en gran medida por el desinterés militante del Gobierno kirchnerista.

Pero, sobre todo, Estados Unidos figura al tope de las prioridades del nuevo presidente. Macri ya dijo que quiere volver a tener “relaciones maduras” después de años de tensión y hostilidad. Barack Obama pareció recoger el guante y lo llamó por teléfono tres días después de las elecciones. Lo invitó a la Casa Blanca, un privilegio que nunca tuvo la señora Kirchner pese a que lo persiguió con ansiedad durante un tiempo largo.

En una decisión que causó sorpresa, fue designado futuro embajador en Washington el economista Martín Lousteau, líder del frente electoral progresista que en junio enfrentó al partido de Macri en la ciudad de Buenos Aires.

España también abrió la mano al nuevo presidente. El presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, conoce a Macri desde hace años y el Partido Popular (PP) tiene una relación institucional con el Pro. Pero más allá de eso la efusiva recepción que se le dio desde Madrid al nuevo Gobierno argentino –incluyó una visita oficial



“El nuevo Gobierno tiene interés por recomponer el vínculo histórico con España que se dañó como nunca antes con la expropiación de las acciones de Repsol en YPF en 2012”

a Buenos Aires del ministro de Asuntos Exteriores, José Manuel García-Margallo—refleja el interés por recomponer un vínculo histórico que se dañó como nunca antes con la expropiación de las acciones de Repsol en YPF en 2012. España, incluso en esas circunstancias, se mantiene como el segundo inversor internacional en Argentina, con un *stock* acumulado de 17.000 millones de euros.

¿Alcanzará la seducción a las grandes potencias para atraer inversiones? El Gobierno que llega ofrece oportunidades en materia de infraestructura —anuncia un amplio plan de desarrollo del norte del país— y de energía. La reestatizada YPF todavía espera despegar para achicar la cuenta de importación energética, responsable fundamental del descalabro fiscal argentino.

El contexto internacional obliga a Macri a ser proactivo. El precio de los productos agrícolas que su país vende al mundo se sitúa muy por debajo de las épocas de gloria de la década pasada. China, el mayor comprador, ralentizó su crecimiento. Y un socio decisivo como Brasil sufre una combinación explosiva de recesión y crisis política que ensombrecen su futuro.

El nuevo gabinete económico resolvió reducir y eliminar en algunos casos las retenciones impuestas a las exportaciones de soja, trigo y maíz, con la esperanza de que los productores liquiden miles de toneladas que tienen almacenadas y de ese modo empiecen a entrar dólares para recomponer la caja del Estado.

“A la par de la presión económica, Macri deberá dotar de fortaleza política a un Gobierno sin mayorías. La alianza Cambiemos suma apenas 91 de 257 diputados en el Congreso de la Nación”



Puzzle político

A la par de la presión económica, Macri deberá dotar de fortaleza política a un Gobierno sin mayorías. La alianza Cambiemos –formada por el Pro, la UCR y la Coalición Cívica– suma apenas 91 de 257 diputados en el Congreso de la Nación, donde el peronismo retiene una primera minoría de 117. En el Senado la oposición ostenta la mayoría absoluta⁵.

Fue vital para el nuevo presidente haber conquistado –contra todo pronóstico– la provincia de Buenos Aires, donde vive casi el 40% de los argentinos y que constituyó en los últimos treinta años un bastión esencial del poder peronista. María Eugenia Vidal, de 41 años y macrista incondicional, estará al frente de ese territorio del tamaño de Italia. Incluso así la mayoría de las provincias tendrán Gobiernos opositores, decididos a negociar cada ley que Macri intente pasar por el Parlamento.

La ventaja a su favor es que el peronismo atraviesa el duelo de la derrota. Cristina Kirchner se ilusiona con acaparar la “resistencia” –según palabras de sus seguidores– a la gestión entrante, pero no tiene garantizado el éxito. Una nueva generación de dirigentes de perfil moderado se propone pasar página y devolver al peronismo hacia el centro. El gobernador de Salta, Juan Manuel Urtubey, encabeza esa ofensiva. El excandidato Scioli también tiene alguna ilusión de sobrevivir al fracaso que significó su campaña.

⁵ Detalle de la composición de las dos Cámaras parlamentarias. En: <http://bit.ly/1P0s00l>

En ese puzzle resalta el fundador del Frente Renovador, Sergio Massa, que con un 21% de los votos cumplió un papel decisivo en las elecciones presidenciales. Ansía reconstituir el peronismo detrás de su figura. Al principio incluso podría ofrecerle alguna dosis de gobernabilidad a Macri, con el bloque de 36 diputados que conducirá en el Congreso y con una fuerza incluso más influyente en Buenos Aires.

El nuevo presidente terciará desde la Casa Rosada en la disputa interna del peronismo, sin descuidar la decisiva pata gremial, donde tiene sus mejores contactos. Tampoco podrá descuidar su propia coalición. La UCR, que se percibe a sí misma como un movimiento de centroizquierda, recela de las recetas de corte liberal que seducen al grueso de los integrantes del equipo de gobierno. El equilibrio entre las dos almas de Cambiemos será una materia a seguir de cerca.

Un arma decisiva de Macri será cumplir con las reformas institucionales que, a la larga, aglutinaron a la mitad de la sociedad que expresaba un hartazgo con el modelo kirchnerista. La campaña de Cambiemos pasó de puntillas por la crisis económica que sus dirigentes descontaban heredar. No querían alarmar a una amplia mayoría de los votantes que teme perder los buenos niveles de empleo y de consumo que el kirchnerismo mantuvo pese al estancamiento del PIB, a costa de raspar todas las ollas del Estado.

Ese “cambio” cristalizado en el nombre del partido, apuntó más a las promesas de lucha contra la corrupción, transparencia pública, respeto a la libertad de expresión y a la división de poderes, reformas del obsoleto sistema electoral y recuperación del diálogo político.

El nuevo Gobierno prepara una batería de leyes y medidas de “calidad democrática” que le servirá para unir a la tropa propia y obligar a la oposición a aceptar transformaciones que cuentan con un amplio consenso social.

“El nuevo Gobierno prepara una batería de leyes de ‘calidad democrática’ para unir a la tropa propia y obligar a la oposición a aceptar transformaciones con amplio consenso social”



En el capítulo de las urgencias le espera a Macri el drama creciente de la inseguridad ciudadana. El Gobierno kirchnerista ignoró la magnitud del flagelo –al igual que la inflación, las cifras oficial de delitos se desconocen–, mientras en el extrarradio de las grandes ciudades como Buenos Aires y Rosario se afincaban las redes del narcotráfico.

Es una agenda pesada para un hombre que deberá lidiar con el estigma de todos los presidentes no peronistas que llegaron al poder desde 1946: ninguno terminó su mandato. Pero en ese riesgo reside la verdadera oportunidad del cambio en Argentina. En la etapa que empieza nadie ostenta un poder absoluto, todos retienen capacidad para bloquear y cuesta identificar quién podría beneficiarse con una nueva crisis sistémica. La alternativa al fracaso tal vez sea que al fin el país se permita experimentar las ventajas de un sistema equilibrado y de perseguir las políticas de Estado a las que siempre rehuyó.